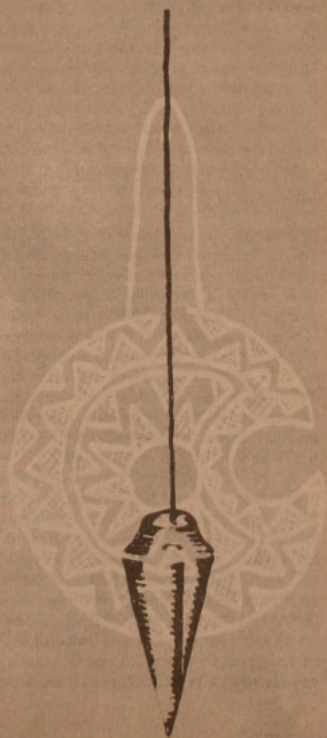
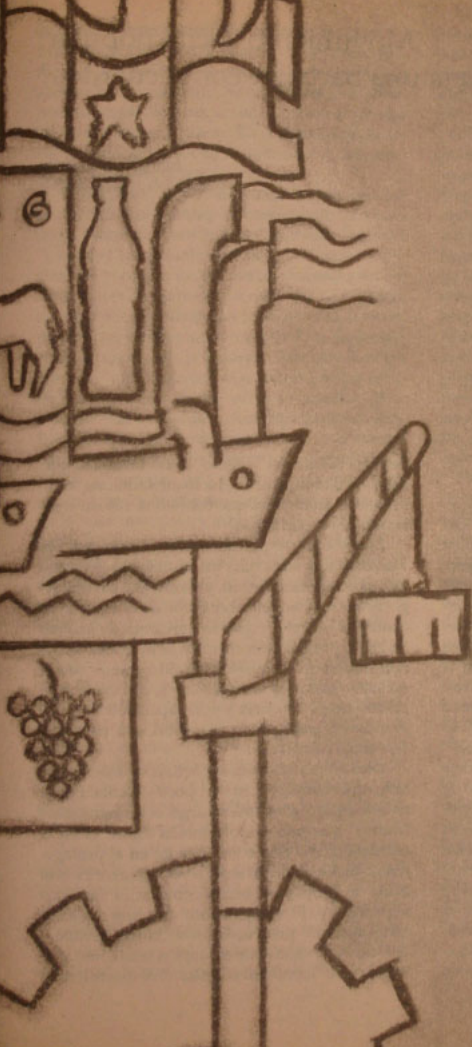


# MOVIMIENTO SOCIAL POPULAR



# Movimiento social popular: ¿hacia una barbarie con recuerdos?

Julio Pinto Vallejos  
Universidad de Santiago de Chile

## LOS CONCEPTOS DE PUEBLO Y MOVIMIENTO

El concepto de "movimiento social popular" envuelve varias premisas, que es necesario dejar bien explicitadas antes de proceder a su empleo para fines analíticos. En primer lugar, supone la existencia de un sujeto "pueblo", que se constituye en el plano de la vida social, que comparte realidades e intereses, y que se identifica en importantísima medida, si no prioritariamente, como tal. En la definición de su identidad como sujeto histórico, lo "popular" tendería a predominar por sobre otros posibles referentes (por ejemplo, lo "genético", lo nacional, lo étnico, lo religioso, etc.).

Es verdad que esta primera definición deja importantes aspectos sin clarificar. El concepto de lo "popular", por ejemplo, o de "identidad popular", es todavía una categoría abstracta a la que es necesario dotar de contenidos concretos. Debe también someterse a una validación histórica, en el sentido de que "lo popular" necesariamente debe haberse ido replanteando y modificando con el correr del tiempo. ¿Qué nos autoriza, en consecuencia, para tener una línea unificadora que atraviese la historia popular de principio a fin; que nos

permita hablar del "pueblo" como un sujeto que, más allá de sus cambios, ha mantenido una continuidad fundamental que cohesiona sus diversas acciones y experiencias?

Esas y otras importantes aclaraciones son obviamente una tarea para los historiadores y otros estudiosos de la sociedad. Previo a eso, sin embargo, ellas suponen una aceptación de la validez del concepto "pueblo" como herramienta de análisis histórico y social. Más claramente aún, ellas suponen aceptar que el "pueblo" ha sido y sigue siendo un sujeto histórico real y actuante, con un sentido común de pertenencia y con capacidad de comprender su realidad y actuar sobre ella, para preservarla o cambiarla.

Diez años atrás, esta explicitación había resultado innecesaria, y hasta un poco ridícula. En los tiempos que corren, sin embargo, entre los muchos "muros" que han caído también figura el de la creencia (como fe o como miedo) en el protagonismo histórico de los sujetos populares, e incluso el de su propia existencia como actor histórico significativo. El relevamiento de otros sujetos y otras áreas de preocupación social ha llevado a cuestionar la validez de conceptos tales como "clase obrera" o "identidad popular". Por extensión, ha

llevado también a cuestionar la importancia de la experiencia laboral o la relación social como elementos que constituyen identidad y mueven a la acción. En mi concepto, aceptar estos cuestionamientos equivale a negar todo sentido al estudio de los sectores populares. En consecuencia, la reflexión que se desarrolla a continuación debe partir necesariamente por rechazarlos.

En segundo lugar, es necesario precisar las implicancias del concepto "movimiento". En contexto histórico, "movimiento" significa "acción", "actividad", eventualmente también "transformación". Supone que los actores históricos no se conforman con permanecer pasivos ante su realidad, sino que se "movilizan" en función de ella, ya sea para conservarla o para cambiarla. En el caso específico de los actores populares, se supone también que esta "movilización" se enmarca en una realidad que las más de las veces se aparece como problemática, a menudo decididamente adversa. Esto obedece, por una parte, a una constatación básicamente existencial. Dentro de la definición de "clases populares" que se está empleando aquí, figura prominentemente un juicio sobre la calidad de la vida material de estas personas: aunque la palabra "pueblo" ha ido variando de significado a través del tiempo, en nuestros días suele ir ligada a la noción de "pobreza", o al menos de privación relativa en el acceso a la riqueza social. En otras palabras, en la medida que al hablar de "pueblo" se está pensando también en "los pobres", y que la pobreza ha sido una condición que ha acompañado a la experiencia "popular" a lo largo de toda nuestra historia, se tendría aquí simultáneamente un elemento básico, de "larga duración", en la definición de una vivencia popular común, y un incentivo obvio para movilizarse. A lo largo de su historia, el pueblo se habría movilizado para enfrentar su condición de pobreza, en lo posible para salir de ella y dejarla atrás.

Por otra parte, la palabra "movimiento" también puede enjuiciar un cierto tipo de relación social. Junto con la pobreza, otra vivencia de larga duración para los sectores populares ha sido la dominación, ya sea entendida directamente como explotación por y subordinación a terceros, ya más ampliamente como incapacidad de regir y cons-

truir sus propias vidas. Si se acepta que las personas poseen una tendencia innata a buscar su autonomía, un deseo irrenunciable de hacerse cargo de sus propios destinos (y puede que para muchos esta premisa sea en sí discutible), queda claro que la dominación no es una realidad a la que alguien pueda resignarse pasiva o indefinidamente. Los imperativos de la realidad, aquellos "poderes fácticos" que nunca han faltado en nuestra historia —en cualquier historia—, pueden obligar a postergar la búsqueda, o a buscar acomodos tácticos que hagan más soportable la subordinación. En última instancia, sin embargo, una visión consecuentemente humanista del accionar humano obliga a aceptar que la dominación genera necesariamente resistencia. Las formas que ésta adopte pueden variar y multiplicarse, pero la resistencia en sí permanece. Así, un segundo motivo fundamental para la movilización histórica de las clases populares, un segundo pilar del movimiento social popular, sería la lucha contra la dominación, el deseo de reemplazar la subordinación por la autonomía.

En suma, y para concluir esta sección introductoria, para poder hablar con propiedad de un movimiento social popular en perspectiva histórica es necesario aceptar que el sujeto popular existe y actúa como tal; que a lo largo de su historia se ha visto obligado a desenvolverse en condiciones fundamentalmente insatisfactorias —la pobreza, la dominación—; y que frente a ellas se ha movilizado para encararlas, y ojalá cambiarlas. Pueden discutirse los grados de claridad o deliberación con que esto se ha realizado, las formas y expresiones que ha adoptado, las consecuencias que ha acarreado. Puede incluso ponerse en tela de juicio si ello ha respondido a una comprensión crítica de fondo o más bien a reacciones espontáneas tamizadas por la experiencia y la cultura; si se ha ajustado a estrategias para el logro inmediato o a un "proyecto histórico" de largo plazo. Pero si no se reconoce la existencia de un mundo popular profundamente desconforme con su estado y, por lo tanto, deseoso de cambiarlo, francamente no tiene sentido hablar de movimiento social popular. Ni mucho menos estudiarlo.



Partiendo de la aceptación de esas premisas, en las páginas que siguen se hará una reflexión en torno a tres imágenes con que se ha visualizado en distintos momentos de la historia ese conflictivo mundo popular, imágenes surgidas desde sus propios actores, como desde otros sectores de la sociedad. Como la finalidad de este ejercicio es más especulativa que empírica, no se pretende sustanciar acabadamente esas imágenes, sino solamente extraer sus principales implicancias. Sobre todo, interesa ver si ellas facilitan una toma de posición en un presente que tiende a diluir los referentes tradicionales, si sugieren posibles cursos de acción. En otras palabras, si la historia popular nos ofrece alguna herramienta para comprender el presente –para criticar el presente–, y para construir el futuro.

## *El peso de la noche (o el temor a la barbarie)*

La primera imagen se asocia con el discurso del régimen portaliano, y ha sido fijada historiográficamente por Alberto Edwards en su *Frontera aristocrática*. Su origen está en una carta enviada en 1832 por Portales a Joaquín Tocornal, donde le dice textualmente:

El orden social se mantiene en Chile por el peso de la noche, y porque no tenemos hombres sutiles, hábiles y cosquillosos. La tendencia casi general de la masa al reposo es la garantía de la tranquilidad pública.

Dicho de otra forma, y en una interpretación más o menos libre, el pueblo existe, está allí, se lo conoce, se convive incluso con él, pero su sometimiento pasivo al orden existente no lo hace –desde el punto de vista del poder– peligroso. Existe pueblo, pero no existe movimiento social popular. Y ello no necesariamente porque no haya motivos para ello, sino lisa y llanamente por inercia o, como diríamos tal vez hoy, porque la hegemonía funcionaba bien. O todavía, alternativamente, porque el pueblo no se percibía a sí mismo como sujeto.

Esta imagen complaciente, sin embargo, se contrapone a otra que apunta en un sentido muy diferente, y con la que convive simultáneamente. Para ilustrarla me remitiré a una cita del periódico santiaguino *El Ferrocarril*, de 1872, reproducida en un artículo de Luis Alberto Romero:

Santiago estará aun más estrecho y más amenazado por las hordas de los hambrientos, que son la nueva invasión de los bárbaros que castiga a todas las civilizaciones imprevisoras.

Es verdad que este llamado de alerta alude a un período posterior, en que ya el "orden portaliano" comenzaba a exhibir los primeros síntomas de resquebrajamiento. A juzgar por los estudios de Gabriel Salazar, Mario Góngora o María Angélica Llanes, sin embargo, el ánimo popular que ella refleja también podría hacerse extensivo al propio período de Portales. De ser ello así, tendríamos un pueblo que es al mismo tiempo pasivo y "bárbaro", deferente y rebelde, funcional y peligroso.

La aparente paradoja podría explicarse por diversos conductos. Para algunos, como José Bengoa, ella remite a una existencia "dual" de los sectores populares: había efectivamente un pueblo "tranquilo" y deferente (el de los inquilinos, minifundistas y servidumbre doméstica), y otro marginal e insolente (el de los peones, los vagabundos y los bandoleros). Aun más: la dualidad en ningún caso negaría la presencia de la pobreza y la subordinación, con el consiguiente corolario de un pueblo que acepta mansamente su destino. Por el contrario, la opción por uno u otro camino estaría simplemente cubriendo distintas estrategias para sacarle el mayor partido posible a una situación objetivamente desfavorable, pero a la vez objetivamente imposible de transformar. Deferencia e insolencia serían respuestas igualmente válidas dentro de un ámbito definido por "la medida de lo posible".

En una formulación sólo levemente distinta, "el peso de la noche" y "la barbarie" no serían sino la expresión necesariamente contradictoria de un estado en que el pueblo reconoce nitidamente su situación de desmedro, pero carece de las herramientas suficientes para cambiarla. En esa pers-

pectiva, el descontento—muy real y comprensible—no alcanzaría a transformarse en "movimiento". Para ello le faltaría una expectativa realista de interpelación a los poderes dominantes, un programa de cambios, un "proyecto". A falta de él, sólo quedarían como válvulas de escape el refugio en utopismos milenaristas, o la barbarie.

Finalmente, hay quienes ven en la propia "barbarie" un proyecto de cambios, una articulación programática del movimiento social-popular. En esa matriz analítica, lo que para la clase dominante aparecía como barbarie no era sino un modelo de vida y de sociedad cuyas coordenadas discordaban profundamente de las que sustentaban el orden establecido. Peor aun: como el pueblo es un componente necesario en ese orden, en la medida en que sin pueblo tal orden no podría existir (de allí las dificultades semánticas del concepto "marginalidad"), la más leve posibilidad de materialización de un proyecto alternativo era simplemente inaceptable: no sólo era discordante, era también un peligro mortal. En consecuencia, había que descalificarlo moralmente (la barbarie) y destruirlo en la práctica (la reglamentación, la represión y el encuadramiento, o, como ha dicho María Angélica Illanes, "el azote, el salario y la ley"). Personalmente, pienso que esta posibilidad es teóricamente concebible, pero habría que demostrar que efectivamente fue así. Más concretamente: habría que explicar en qué consistió ese "proyecto bárbaro". De lo contrario, la conducta bárbara vuelve a diluirse en una mera expresión de rabia instintiva frente a lo incambiable, frente al peso de la noche.

### *El pueblo redentor (o la mesa del pellejo)*

Para ilustrar este segundo momento del movimiento social-popular, me remitiré a uno de sus más legítimos y reconocidos exponentes. En un artículo de prensa de 1904, Luis Emilio Recabarren decía:

Ayer pensaba que el único medio de llegar a la felicidad, consiste en la educación y la unión de los elementos que sufren en las diversas esferas

del trabajo, y que una mayoría inmensa de pobres se ve explotada y gobernada por una minoría insignificante, bajo todo punto de vista, inferior a todas luces, y hoy pienso lo mismo y considero como ayer que este estado social debe ser transformado, como se transforma todo bajo la acción de la naturaleza, para que progrese en la sucesión eterna de las causas que empujan al mundo a su perfección.

En una palabra hemos querido y queremos la perfección de la especie.

Ya más cerca de nosotros, tanto cronológica como profesionalmente, Julio César Jobet decía en 1952 que "es la masa laboriosa, el pueblo, la decisiva en el desarrollo de la sociedad y que son los millones de trabajadores que alimentan y visten al mundo entero los verdaderos héroes de la vida, ya que su tarea inmensa decide la suerte de las colectividades, de las naciones, de la Historia". Y en un tono aun más profético, Hernán Ramírez Necochea afirmaba algunos años después que "el proletariado es en Chile —lo mismo que en todo el mundo— la clase a la que pertenece el porvenir".

Hoy día, después de tantos sueños frustrados y tantos muros caídos, es fácil mirar con condescendencia el tono declaradamente mesiánico de estas frases. Hubo un tiempo, sin embargo, en que ellas se tomaron muy en serio, y fueron muchos los que, unos con temor, otros con esperanza, creyeron en el cumplimiento de lo que ellas anunciaban. Desde el punto de vista que aquí nos interesa, lo más importante es que los propios involucrados creyeron en ello, y se lo tomaron en serio. A partir del tiempo de Recabarren y durante gran parte de este siglo, fueron miles los actores populares, miles las personas pertenecientes a ese amplio y multifacético mundo de "lo popular", que creyeron no sólo en la posibilidad real de mejorar sus propias vidas, sino también en la más electrizante aún de mejorar el mundo. La medida de lo posible se empezó a ensanchar hasta juntarse con la de la utopía, y de ello nació una esperanza, más intensa tal vez por lo mismo que antes había parecido tan inalcanzable, de tomar la historia en sus propias manos. Es por eso que para este período sí es correcto hablar de "movimiento" y de "proyecto", "movimiento" y "proyecto" que culminaron, más

allá del realismo de sus expectativas, en la experiencia de la Unidad Popular.

Es verdad que para esta imagen también existe una contracara, la de la "mesa del pellejo". Según ella, el discurso revolucionario que ponía en su centro al pueblo no fue sino una máscara para encubrir la profunda aceptación de las cosas tal como eran, a cambio de migajas salariales o previsionales arrojadas desde la mesa del Estadopatrón. Peor aún: las migajas se habrían conseguido al precio de excluir a sectores numerosísimos del mismo mundo popular, como campesinos y pobladores, y de desconocer las necesidades de otros actores sociales fundamentales, como los grupos étnicos o la mujer. En otras palabras, el proyecto social-popular y el mesianismo obrero no habrían existido realmente como tales, sino sólo como otra estrategia de acomodo no muy distinta al "peso de la noche", y decididamente mucho menos digna que el rechazo al sistema, aunque sólo fuese instintivo, de los "bárbaros".

Como todas las imágenes y las contra-imágenes, esta última tiene algunos elementos de verdad. Hubo, fuerza es reconocerlo, algunas exclusiones y algunos silencios. Hubo también negociaciones y acomodados, como generalmente tiende a haberlos en el exigente mundo de la vida cotidiana. Pero nada de eso basta para desconocer las múltiples expresiones a través de las cuales el mundo popular demostró que el proyecto se tomaba en serio. Más aún: no es casualidad que los mismos actores supuestamente excluidos o desconocidos hayan comenzado a formar sus propias movilizaciones al interior del gran movimiento social-popular, y no en contraposición con él. Mal que mal, se compartía la muy aleccionadora experiencia de la opresión. Así, la gran apuesta que para muchos actores populares significó el gobierno de la Unidad Popular no incluyó solamente a obreros o proletarios, como podría haberlo exigido el discurso marxista clásico, sino también, y protagónicamente, a mujeres, mapuches, pobladores y campesinos. Y cuando vino la derrota, ella no sólo golpeó a la clase obrera, sino al mundo mucho más amplio y extenso de lo social-popular.

Irónicamente, esa misma derrota vino a otorgar una especie de confirmación perversa a las expec-

tativas del proyecto social-popular: si su implementación había desatado una reacción tan tremenda, tenía que ser porque sus perspectivas de triunfo eran reales. Desde el punto de vista del poder, era una amenaza de verdad, que debía arrancarse (o aplastarse) de raíz. Y aun en la amargura de la derrota, esta idea sirvió para mantener viva la esperanza, remedida por la enormidad de la represión pero fortalecida por la pérdida de la ingenuidad: incluso la "mesa del pellejo" dejó de ser una opción creíble. Alimentados por esa conclusión, no fueron pocos los actores populares —casi los mismos de antes— que iniciaron la difícil tarea de la reconstitución del movimiento. En diversos frentes de acción, por distintos métodos, con nuevos y antiguos aliados, comenzó la construcción de un nuevo proyecto que se apoyaba mucho más en las fuerzas propias y mucho menos en los espacios permitidos por el poder. La derrota sólo había demostrado que tomarse el futuro en las manos era más difícil de lo proyectado, pero en ningún caso que fuese imposible, o, mucho menos, innecesario. Al contrario: había demostrado su urgente necesidad. Mientras subsistió la dictadura, paradójicamente, subsistió también la esperanza y, por ende, la validez del protagonismo. Eso fue lo que demostraron los "veteranos de los 80".

### *Los de abajo (o ¿qué pasó con los cinco millones de pobres?)*

Y la esperanza llegó, pero como suele suceder con los despertares y las resacas, con un ropaje muy distinto al imaginado; mucho menos épico, más prosaico. Primero fue la euforia; después el desconsuelo. Finalmente, la desesperanza de ver que las utopías volvían a alejarse de la realidad, o incluso dejaban de ser tales. Para ilustrar esta etapa he escogido la imagen de "los de abajo", característica de una de las pocas formas de expresión colectiva popular que aún se ven entre nosotros. Curiosamente, esta imagen es reivindicada explícitamente por algunos de los cada vez más escasos portavoces de los antiguos proyectos. En una carta escrita recientemente a la revista *Los Tiempos* por un vocero del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, se concluye así:



Han pasado 20 años del golpe militar, 500 años desde la llegada de Colón, y la humanidad sigue buscando su progreso. Ese camino, el del desarrollo humano, el de las utopías, el de la certeza de que siempre se puede salir adelante, es el camino elegido, pero desde una posición intransable, la de los de abajo, los que buscan su emancipación, la clase de la que formamos parte.

En este notable acto de fe reaparecen muchos términos profundamente ligados a la imagen del "pueblo redentor", términos como "progreso" y "desarrollo", "utopías" o "clases". Aparece también el afán de lucha propio de esa opción, y hasta un toque de aquella soberbia (las "posiciones intransables") que de algún modo se liga a la conciencia de estar construyendo futuro. Sin embargo, todo ello va asociado, con más de un dejo de incongruencia, a un término que apunta en un sentido muy distinto: los de abajo.

Confieso que me intriga profundamente el renacer en nuestro país y nuestro tiempo de un concepto acuñado por el novelista Mariano Azuela para expresar una visión particularmente amarga y desencantada de la Revolución Mexicana. Al leer *Los de abajo*, la impresión más poderosa que queda es la de un pueblo que, independientemente de haberse movilizado o no en pos de un ideal,

termina atrapado en una lucha sin mucho sentido en la que sólo se insiste porque no se sabe qué otra cosa hacer. En la novela de Azuela no cabe duda de que los motivos para rebelarse sobran, pero la brújula falta. Hay rabia sin dirección, rebeldía primaria, "barbarie".

Visto en ese contexto, el término "los de abajo" no podría ser más apropiado para la realidad que nos toca vivir. Aunque pretendan desconocerlo, el pueblo todavía existe. ¿Qué son sino los cinco (o cuatro) millones de pobres oficialmente reconocidos? ¿Cuántos más quedan por reconocer? Asimismo, sus problemas siguen sin solución, el presente sigue siendo insatisfactorio. Por lo tanto, razones para movilizarse también hay. Lo que falta es el proyecto, la utopía, como diría María Angélica Illanes, la autoconciencia de sujeto. Subsiste la desesperanza, y se ha perdido la confianza. La consecuencia podría ser el regreso al "peso de la noche", o, tal vez más creíblemente, a la barbarie. De hecho, no parece demasiado forzado asociar esta noción con las conductas de "los de abajo". Esta vez, sin embargo, se trataría de una barbarie con recuerdos. En un cuento de Jorge Luis Borges, la barbarie se definía justamente por la falta de recuerdos. En verdad, ¿es concebible una barbarie con recuerdos?